

el carácter de acontecimiento popular y entusiasta, cuya majestad no puede ser con nada comparada. Nunca en la historia apareció tan grande la eficacia de las masas con menos empleo de fuerza de palanca. Los decretos de armamento, inmediatamente seguidos del movimiento del pueblo prusiano, estaban redactados en un lenguaje en que se evitaba todo aquello que estuviera en contradicción con la situación exterior de Prusia en su relación de alianza, no rota todavía, con Francia, y solo se dejaba apenas traslucir el antagonismo. El enemigo de quien se trataba no podía ser nombrado, ni siquiera indicado, con lo cual dicho se está que faltaba aquello que con toda seguridad hubiera producido una impresión arrebataadora. Legislativamente considerados, estos decretos estaban mal concebidos; pero el fundamento de la medida venía magistralmente expuesto en dos párrafos que decían: «La peligrosa situación en que se encuentra el Estado exige un aumento rápido del actual contingente de tropas, en el preciso momento en que el estado de la Hacienda no permite gastos considerables. Contando con el amor patrio y la leal adhesión al monarca de que han estado siempre animados los habitantes de Prusia y que han demostrado vivamente en los tiempos de peligro, no se necesita más que una ocasión oportuna de imprimir una dirección determinada á estos sentimientos y á esta sed de actividad peculiar de tantos jóvenes valerosos, para robustecer con ellos las filas de los antiguos defensores de la patria haciéndoles rivalizar en el cumplimiento del primero de los deberes que nos están impuestos.» La misión del legislador reformista de 1808 había sido convertir los «Estados prusianos» del derecho provincial general en un Estado prusiano con el carácter de cuerpo unitario, y en esta nueva creación jurídica y política, habíase reconocido á sí mismo como personalidad el pueblo prusiano. Una sola y misma catástrofe había arrebatado á este pueblo la Westfalia y la Polonia, territorios que únicamente por fuerza eran prusianos, haciendo que los países escogidos, como Brandeburgo, Pomerania, Prusia y Silesia aprendieran en una escuela común de padecimientos, en la cual debía conquistarse todo lo que se había heredado de los grandes reyes, para hacer de ello un patrimonio propio. En un pueblo á quien un despiadado vencedor trataba en plena paz con el brutal despotismo del derecho de guerra, el Estado creó una nueva organización jurídica para el labrador, que fué desde entonces un hombre y un propietario libre; para el ciudadano, á quien concedió la libertad de industria y la administración municipal autónoma, y para la nobleza, á la que libertó de odiosos privilegios concediéndole en cambio el beneficio de la igualdad de los deberes. El llamamiento que se hacía al amor al rey y á la patria podía ser fortalecido por el ejemplo de hechos palpables. El edicto de 3 de febrero renunció á ello, á pesar de que escogiendo prudentemente las palabras hubiera podido perfectamente emplear esta arma para reanimar el espíritu público, sin herir en lo más mínimo con una sola sílaba el sentimiento más poderoso que en todos los corazones anidaba. ¿Cuál era éste? El general Borstell lo expresó de una manera concisa y concluyente cuando, en 27 de febrero, después de haber salido por sí y ante sí de Colberg, escribía al rey: «De rodillas suplico á V. M. que nos suelte (1).» El enemigo de quien se trataba no solo no era nombrado, sino que era tratado todavía como amigo: aun era dueño y señor de Berlín y de las fortalezas de Stettin, Kustrin y Glogau, y además de su propio poder y de sus atribuciones, contaba con la protección de las autoridades prusianas contra el furor y la venganza del pueblo. El conde de Saint-Marsan, su ministro, goza-

(1) Droysen: *York*, tomo II, pág. 141.

ba en la corte de Breslau de una confianza que solo podía dispensarse á un embajador de una potencia íntimamente amiga, y en 21 de febrero pudo decir todavía que el rey y los príncipes le habían colmado, en un baile, de atenciones que habían causado general asombro (2).

Si en Breslau la corte tenía que seguir violentándose, no faltaban allí personas que no querían someterse á tal violencia.

Un honrado profesor, Enrique Steffens, físico y filósofo naturalista, había tenido conocimiento de la proclama de 3 de febrero (3) antes de que se diera á la imprenta, y se había emocionado profundamente al leerla. Así en la mañana del 8 de febrero, después de haber explicado su primera lección de historia natural ante un auditorio muy poco numeroso y en extremo distraído, despidió á sus oyentes con las siguientes palabras: «Señores, á las once he de dar una segunda conferencia, pero aprovecharé el tiempo en hablar con ustedes de un asunto de mayor importancia. El llamamiento que hace S. M. á la juventud para que se arme voluntariamente ha aparecido ya ó aparecerá hoy mismo: de él hablaré en mi discurso, y deseo que lo sepan todos. Nada importa que en estos momentos se dejen á un lado las demás explicaciones. Espero que acudirán tantos como puede contener esta sala.» Al presentarse nuevamente á las dos horas, el aula estaba completamente llena: la gente se apiñaba en las ventanas, en la puerta, en el vestíbulo, en la escalera y hasta en la calle. Lo que hizo durante aquellas dos horas nos lo dice él mismo en los siguientes términos: «Lo que quería decir exaltaba todo lo más íntimo de mí ser: ahora y en tales circunstancias iba á decir lo que por espacio de cinco años había pesado como losa de plomo sobre mi alma; yo iba á ser el primero que manifestara públicamente que había ya llegado la salvación de Alemania, de Europa entera. Mi agitación interna era infinita y en vano procuraba poner en orden mis ideas, pero parecíame que algunos espíritus me alentaban prometiéndome su auxilio y deseaba ardientemente poner fin á este silencio martirizador. Solo un pensamiento me dominaba: — ¡Cuántas veces — me decía — te has lamentado de verte arrojado á este rincón de Alemania! Pues bien, este rincón se ha convertido ahora en el centro que todo lo abarca y entusiasma: aquí comienza una nueva era de la historia y tú puedes explicar qué es lo que impulsa á esta agitada multitud. — Mis ojos se arrasaron en lágrimas y, cayendo de rodillas, hallé la calma en la oración. Atravesé, pues, por entre la multitud y subí á mi cátedra. No sé lo que dije y si al final de mi discurso me hubieran preguntado sobre el particular no hubiera podido dar cuenta de mi peroración. El oprimido sentimiento de los años, pasados en la desdicha, traducíase entonces en palabras; mis labios no hacían más que reproducir el ardiente sentimiento de la multitud vejada. Nada nuevo dije: lo que expuse decíanselo interiormente todos y por esto precisamente produjo una impresión profunda, porque resonaba como un eco en cada alma. Ya se comprenderá que al paso que excité á la juventud, le manifesté mi firme propósito de compartir con ella la lucha.» La inscripción del profesor Steffens con 200 estudiantes en el batallón de cazadores voluntarios fué el comienzo del levantamiento en Breslau y en Silesia. «Steffens, yo os felicito; no sabéis lo que habeis hecho» dijo Scharnhorst al profesor, cuando fué á visitarle. Saint-Marsan, presa de la mayor agitación, había acudido entretanto á casa de Hardenberg y le había dicho: «¿Qué significa esto? ¡Creemos vivir en paz con vosotros y aun os consideramos como nuestros aliados y un profesor de la universidad

(2) Stern: *Disertaciones*, pág. 404.

(3) Steffens: *Lo que he presenciado*, tomo VII (1843), pág. 73.

se atreve, á la vista del rey, á declararnos la guerra!» Hardenberg, fiel al papel que se había impuesto, le contestó: «La disposición de ánimo del pueblo y de la juventud no puede ser para vos ningún secreto: nosotros no podemos evitar que se hable, y solo tenemos noticia de los discursos cuando ya han sido pronunciados. El rey los desautoriza. Si pedís satisfacción, se os dará, pero no debemos ocultaros que cualquier paso que se dé contra los oradores imprudentes los convertirá en mártires y será causa de una agitación que nos pondría en gravísimo aprieto y que difícilmente podríamos dominar (1).»

Esta era la severa «censura» de que Saint-Marsan hablaba á su ministro en la comunicación del día 15. Este diplomático imperial era ciertamente, como con acierto dice Steffens, «un amigo benévolo» de Prusia, con razón «por todos estimado á causa de sus sentimientos,» y Hardenberg «supo tener consideraciones á su situación delicada y espionosa.»

La juventud de las universidades, gimnasios, colegios del gobierno y tribunales (2) inició la larga lista de voluntarios que de todas las clases sociales, de todas las posiciones y de todas las edades acudieron presurosos á empuñar las armas, habiendo recibido el idealismo alemán la patente de nobleza cuando corrió á alistarse la juventud de la aristocracia de la ilustración alemana. ¿Qué había sido hasta entonces este idealismo? El pasto espiritual de cosmopolitas, soñadores y sabios sin oficio y sin patria. A la sazón, en cambio, había variado esencialmente gracias al *imperativo categórico del deber*, á la lealtad hasta la muerte. La teoría del deber expuesta por Kant y el heroísmo predicado por Schiller llevaron á esta juventud á la lucha y ennoblecieron sus combates y sus padecimientos.

Los diplomáticos extranjeros que habían seguido al rey á Breslau no encontraban palabras bastantes con que narrar aquel espectáculo, verdaderamente indescriptible. El conde Zichy, diplomático de la antigua escuela, que no podía oír hablar de la *Tugendbund* (liga de la virtud) y demás sociedades secretas sin que se le excitaran los nervios, escribía al conde Metternich comunicaciones que parecían escritas por un *tugendbunder*. Así, por ejemplo, decía en 15 de febrero: «Las ofrendas propiciatorias en hombres y en dinero que llegan de todas las provincias, y de las cuales hay en Breslau ejemplos notabilísimos, dejan atrás á todas las esperanzas del gobierno: no hay nadie que no ostente la más noble abnegación, todos se imponen los más duros sacrificios para contribuir al bien del país: parece esto un acuerdo general y unánime como mejor no pudieran, en este concepto, desearlo las autoridades.» Y añadía, el día 17: «Cada día llegan reclutas y licenciados; los voluntarios siguen acudiendo en tropel, y en Berlín, según oigo decir, las presentaciones se hacen con una rapidez y un éxito verdaderamente asombrosos.» El mismo Ompteda, güelfo de sequedad notoria, que, como el conde Munster en Londres, no podía ver nunca con buenos ojos á Prusia porque la consideraba ó como amigo traidor de Inglaterra ó como enemigo peligroso de Hannover; el mismo Ompteda, que no podía tener confianza en Hardenberg mientras éste no le demostrara que Prusia había renunciado definitivamente al Hannover, estaba conmovido ante

(1) Steffens, tomo VII, págs. 78-79.

(2) De los estudiantes de la ciudad de Berlín, se alistaron 258; del gimnasio del convento de franciscanos, de la primera clase 43, de la segunda 40, de la tercera grande 15, de la tercera pequeña 19, de la cuarta grande y de otras clases 17. De la Cámara de justicia se alistaron 58, del tribunal municipal 54. Euler, F. L. Jahn. Stuttgart, 1881, pág. 251. En su *Ojeada general sobre el número total de las tropas prusianas (Austria y Prusia)*, tomo II, pág. 125, observa Scharnhorst: «N. B. — Solo el municipio de Berlín ha expedido 2,739 cazadores.»

lo que en Breslau veía y oía. No fiaba mucho en la persona del rey, pero hacia justicia á la actividad de Hardenberg y de Scharnhorst. La abnegación y la espontaneidad de la nación le causaban grande asombro, y sin estar iniciado en los misterios de la política prusiana, resumía su juicio, en 20 de febrero, en las siguientes palabras: «El rey no puede ya dominar el entusiasmo que se ha apoderado de casi todas las cabezas y que se manifiesta de una manera verdaderamente notable. Si se resistiera á hacer uso de los medios que sus súbditos, por la voluntad general de la nación, ponen á disposición suya, ó si vacilase en apoyar los esfuerzos que hace Rusia para restablecer la monarquía prusiana, creo que sería inevitable la revolución, siendo probablemente el ejército el que daría el primer ejemplo y la primera señal (3).»

La administración prusiana, acostumbrada solamente á formular despóticos mandatos que eran obedecidos de mala gana, creía estar soñando al ver que una acción espontánea y entusiasta eclipsaba todo lo que en este Estado se había intentado siempre y nunca conseguido por la coerción.

El gobierno de la Marca electoral de Potsdam enviaba á Breslau comunicaciones que ningún gobierno prusiano había tenido que escribir. No había aparecido todavía ninguno de los edictos que conocemos cuando ya en 3 de febrero podía escribirse acerca de «la disposición de los habitantes» de Potsdam: «Todos parecen estar convencidos de que con los esfuerzos extraordinarios que actualmente se están haciendo se tiende á la consecución de objetos extraordinarios también para el bien de la patria y para el restablecimiento de su independencia. Despiértase en los corazones la esperanza de la pronta redención de los tormentos hasta ahora sufridos. Da gozo contemplar con cuánto celo y espíritu patriótico dignos del mayor encomio se impulsa y se fomenta todo. En la requisita de caballos para las tropas nacionales, los campesinos han dado en todas partes pruebas de su buena voluntad y de disposiciones verdaderamente sinceras. Los soldados y los acantonados han acudido gozosos á sus deberes, haciéndose en muchos puntos acompañar por músicas. En las ciudades de provincias se han organizado guardias cívicas que saben hacerse respetar por los franceses. En Tangermunde, un furriel francés que creía que los cosacos estaban cerca quiso pegar fuego al almacén de la villa, decisión que le animaban á llevar á cabo multitud de compañeros. Inmediatamente se ordenó á un sargento que con cuatro guardias cívicos uniformados procediera al arresto del furriel sacándole de entre los suyos, orden que aquellos ejecutaron sable en mano y con la mayor intrepidez.» Después de la publicación de los edictos de febrero, escribía el gobierno de Potsdam en 1.º de marzo: «Esta provincia da continuamente pruebas del mayor interés en obedecer las disposiciones decretadas por V. R. M. para completar el ejército y todos procuran con el celo y entusiasmo más vivos apoyar las medidas adoptadas. Todas las autoridades hacen incansablemente los mayores esfuerzos para proporcionar los hombres y los caballos que se les piden. La reunión de los soldados jóvenes que hasta ahora habían pertenecido á las clases exentas hace cada día mayores progresos. Estos soldados están animados de un valor poco común, y entre los muchos acantonados que desde el 18 de febrero deben emprender todos juntos por Potsdam la marcha á Silesia, reina una gran alegría. También del extranjero, especialmente del reino de Westfalia, acuden multitud de jóvenes, en su mayor parte pertenecientes á familias respetables de la clase media, para combatir bajo las banderas de su antiguo soberano, por el cual siguen suspirando todavía. De todas partes llegan im-

(3) Ompteda, tomo IV (1869), pág. 25.

portantes socorros para aquellos jóvenes cuya posición no les permite equiparse y armarse convenientemente. Ninguna ciudad ha quedado en esto rezagada.» Desde este último punto de vista contenía importantes detalles la memoria publicada en 5 de abril, es decir, cuando ya estaba declarada la guerra: «La buena voluntad de los habitantes y la leal adhesión á V. R. M. se patentizan á cada paso. Todos los que han de hacer algo lo hacen rápidamente y de buena voluntad, habiéndose distinguido la mayor parte de los municipios y un gran número de particulares de esta provincia por sus donaciones voluntarias. Solo por vía de ejemplo citaremos los municipios del círculo lebusio de Lottschin, Zechin y Wollup, que han proporcionado 303, 387 y 320 thalers respectivamente para el equipo de los jóvenes pobres que han de formar parte de los destacamentos de cazadores. Con este mismo objeto ha facilitado la pequeña ciudad de Rhinow 120 thalers en dinero y multitud de alhajas de plata. En Fehrbellin, después de la alocución que el superintendente Bolte pronunció el día 29 con motivo de la partida de las tropas patrióticas, el magistrado pidió que se hiciera una colecta á beneficio de los soldados voluntarios, colecta que aun cuando no está todavía terminada ha tenido un éxito superior á todas las esperanzas, habiéndose dado en ella conmovedoras pruebas de amor patrio. Los ricos aportaban objetos de oro y de plata, los niños vaciaban sus huchas y hasta los mendigos daban su óbolo. De los particulares de la provincia que se han distinguido por sus actos patrióticos, solo haremos mención de Winterfeld, propietario de Neuendorf (Cyritz), el cual entregó una obligación del Banco por valor de mil thalers para equipar á los cazadores voluntarios y además equipó y montó de su bolsillo particular dos cazadores. De esta manera ha seguido haciendo nuevos presentes, entregando al Estado 10 wispes (unas 240 fanegas) de avena y por último su plata.» «El esfuerzo para reconquistar la libertad y la independencia perdidas, llegó á un grado notable. A cada ocasión que se presentaba se hacían en silencio grandes sacrificios espontáneos,» (6 de mayo). «Los niños y los criados hacen sacrificios. Nunca ha reinado mejor espíritu en una nación (3 de junio) (1).»

En el ofrecimiento de amorosos presentes en dinero ó cosas que lo valían, este pueblo, espantosamente esquilado de seis años á aquella parte, mostró un desinterés rayano en el heroísmo. No faltaban jóvenes y hombres vigorosos, y todos los lazos que retienen al individuo en su casa, en su almacén ó en su taller, habiéndose roto desde el momento en que Napoleón había destruido el comercio y la industria con el bloqueo continental. Las contribuciones de guerra, impuestas por el enemigo vencedor, las cargas sostenidas durante la expedición del gran ejército, casi habían agotado el numerario de las clases pudientes, los rebaños y los caballos de las poblaciones rurales y los ahorros de las urbanas. El mismo Estado, á consecuencia de los exorbitantes pagos que había tenido que hacer á Francia, se encontraba sumido en tal miseria que no podía despreciar las limosnas de los niños y de los criados y tenía que aceptar de los matrimonios, á quienes las desgracias de la época no habían dado otra cosa, los anillos de boda, á cambio de los cuales les daba otros con esta inscripción: «Hierro por oro (2).»

(1) Memoria mensual del gobierno de la Marca electoral (enero á diciembre de 1813), en el archivo del Estado mayor general de Berlín. H. 9.

(2) Entre los innumerables ejemplos de conmovedor desprendimiento que entonces se dieron, aunque no todos ni mucho menos fueron conocidos, merece citarse con preferencia uno: «Respecto de la familia Schmettau, de Bergel, leíase en el periódico oficial del distrito gubernativo de Oppeln y entre los donativos que en aquellos días se hicieron:

El producto total de estas ofrendas voluntarias arrojó una cantidad realmente asombrosa. En una cuenta oficial de los gastos ocasionados por el equipo del ejército prusiano durante los meses de febrero y marzo de 1813, dicese al final: «El llamamiento de los voluntarios ha hecho milagros, pudiendo calcularse que el erario público se ha ahorrado con él, en punto á gastos de equipo, de 300 á 500,000 thalers. El total de las cantidades recaudadas en cinco semanas para el equipo de voluntarios cazadores, y que han pasado por las manos de un solo oficial que nunca ha manejado tanta riqueza en toda la Silesia y que raras veces la ha recibido de otras provincias, asciende ya á 28,000 thalers. — Todos estos milagros los ha realizado un Estado cuyo bienestar ha sido enterrado en sus cimientos por siete años de opresión y cuyo país no es, desde hace doce meses, mas que un camino militar, y los ha realizado porque de todos los corazones se ha apoderado la firme creencia de que solo con grandes esfuerzos y sacrificios de todas clases y con una obe-

Al coronel pensionado Sr. de Schmettau, de Bergel, la fortuna le ha dado once hijos: cada uno de ellos envía un thaler, y el padre, que cuenta 60 años, un malter (12 fanegas) de mijo, acompañado del deseo de que el Estado, en el transcurso de esta guerra, vea tantos acontecimientos dichosos como granos contiene este malter.» Y mas adelante:

«La señora de Schmettau, de Bergel, una mantilla de gala.
La señorita Leonor de Schmettau, de Bergel, un estuche.
« Augusta « dos agujas de pecho.
« Julia « un par de pendientes.
« Beatriz « un «
Las cinco damas citadas, una bolsa bordada con perlas.
La señorita Nanny, el precio de su cabellera, dos thalers.»

Hablando de estos sacrificios, escribía el entonces consejero de la comisión, Carlos Heun (conocido como escritor bajo el nombre de H. Claren), en la *Gaceta de Spener*, de 31 de julio de 1813: «Cuando durante mi estancia en Breslau me cuidé de la leva de cazadores voluntarios, llegaron á la ciudad muchas señoras del país, que habiendo oído hablar de la buena voluntad con que se fomentaba el equipo de los cazadores voluntarios, aportaban todas lo que no les era absolutamente indispensable. Solo una señorita llamada Nanny no tenía nada, absolutamente nada. El carmin de la inocencia que coloreaba sus mejillas era su único adorno, las lágrimas que el sentimiento amargo de la miseria hacía en aquellos momentos asomar á sus ojos, eran sus únicas perlas. — Tambien yo daré algo, — dijo por fin después de una silenciosa y larga lucha interior, y retirándose á una habitación vecina, se cortó su larga y sedosa cabellera, la vendió por dos thalers, se presentó de nuevo con la cabeza adornada únicamente por cortos ricitos, y aportó al fondo comun, llena de alegría, el producto de su gran sacrificio. Todos los circunstantes estaban sorprendidos y admirados de este hermoso rasgo de aquella joven alemana verdaderamente noble. A nuestros jóvenes guerreros ha de latirles el corazón violentamente en los combates, pues cuando un amor alemán sabe de tal manera sacrificarse por los combatientes, ¡cómo puede recompensarlo el vencedor! Yo no podía permitir que esa cabellera permaneciera en manos del que la había comprado, pues en ella hubiera servido para engañar lo que ¡ay! era el precio de la verdad mas preciosa; así es que me la procuré, valiéndome de una buena amiga que conocía perfectamente aquellos cabellos, porque precisamente en su casa la señorita Nanny había consumado tan raro sacrificio. Con aquellos cabellos mandé hacer cordones, brazaletes, collares, sortijas, etc., para los cuales hice tambien fundir el oro de las sortijas de boda — prenda de santa felicidad — que se habían recogido, y de esta suerte, de los hermosos cabellos de la bella Nanny y de los anillos nupciales de algunos honrados matrimonios salieron aquellos dijes que las personas de buena fe de todas clases, sexos y edades tuvieron en grande estima, por constituir un eterno recuerdo del tiempo de la guerra santa. En todos puse divisas alusivas y la eternamente memorable fecha de 1813, y para evitar cualquier falsificación hice estampar en ellos el águila prusiana.» En el periódico oficial antes citado figuran dos partidas referentes á la venta de estos objetos: «Por las cadenas, brazaletes, collares y sortijas hechas con cabellos de Nanny y con anillos nupciales recibidos, se han recaudado hasta ahora 139 thalers, 2 groschens.» Y mas adelante: «Por el señor consejero de la comisión, Heun, procedentes de la venta de varios dijes fabricados con cabellos de la señorita Nanny, 57 thalers, 6 groschens.» Total: 196 thalers, 8 groschens. Ziehlberg: *Fernanda de Schmettau. Recuerdo del año 1813*, Dessau, 1886.

diencia absoluta á los mandatos de un rey que obra de completa conformidad con el espíritu del pueblo, podrá reconquistar la dicha y la libertad perdidas (1).»

A pesar de todo esto, todavía no se nombraba al enemigo de quien se trataba: todavía la corte, el rey y el canciller se encontraban exteriormente en una situación tanto mas intolérable, cuanto mas pública era, y pocos sabían cuán insufrible se había hecho para ellos. Ciertamente que nadie podía imaginar que toda esta abnegación y todos estos sacrificios hubieran de servir únicamente para reforzar las cadenas de la dominación extranjera y para crear un funesto antagonismo entre Federico Guillermo y su pueblo; pero si nadie podía imaginar tal cosa, ¿por qué no se decía lo que hubiera librado de un grave peso á tantos corazones? Tal era la pregunta que se hacía el pueblo prusiano con una impaciencia que aumentaba de día en día y de hora en hora; y como nadie le contestaba á ella nacía inevitablemente la suposición de que existía, al parecer, una profunda discordancia entre la voluntad y los sentimientos del rey y los de su pueblo, cuando en realidad no había tal discordancia. El rey esperaba solamente á que se firmara la alianza con Rusia, y ninguna culpa podía achacarsele por los aplazamientos que ésta sufría y que el monarca no acertaba á explicarse.

El día 9 de febrero había partido Knesbeck para avisarse con el emperador Alejandro en su cuartel general, llevando consigo un proyecto completo de tratado, en tales términos redactado, que, — como Hardenberg lo escribía en 1.º de febrero á Stein, — se esperaba que el emperador lo aceptaría sin vacilar. Que el rey no quisiera lanzarse á la lucha sin tener en su poder firmado este documento, se explica perfectamente con solo recordar las dos condiciones mas esenciales en él contenidas.

Una de ellas estaba consignada en el artículo 5.º, que en su primitiva redacción (2) decía: «Teniendo en cuenta que la independencia de Prusia solo puede quedar completamente asegurada cuando se le haya devuelto la fuerza que poseía antes de la guerra de 1806, aumentándola, si es posible, con la adquisición de algunos territorios de la Alemania del Norte, si bien exceptuando expresamente las antiguas posesiones de la casa de Hannover y concediéndole una influencia decisiva y preponderante en la parte septentrional de Alemania; considerando, además, que el interés de Rusia exige tener en Prusia una aliada independiente, poderosa y leal que le sirva de baluarte, S. M. el emperador de todas las Rusias se obliga á no deponer las armas sin el asentimiento de S. M. el rey de Prusia, mientras no hayan sido restituidos á éste todos los países y Estados que poseía antes de la guerra de 1806 ó sus equivalentes, exceptuando siempre los de la casa de Hannover. Esta restitución deberá extenderse, particularmente, á la parte del ducado de Varsovia que pertenecía á Prusia, á excepción del distrito de Bialystock, que fué cedido á Rusia por la paz de Tilsit.»

La otra condición aparece en los artículos 7.º y 8.º. En el 7.º se decía que Rusia y Prusia habían de llevar, por lo menos, á la guerra 150,000 y 80,000 hombres respectivamente, y en el 8.º se disponía acerca del empleo de estas fuerzas lo siguiente: «Inmediatamente se convendrá en las operaciones de guerra y en las bases principales del plan de campaña; pero como lo mas esencial y urgente es no perder un tiempo precioso y adelantar las fuerzas rusas hacia el Oder y por consiguiente hacia el Elba, apoderarse de todo el país aqueñe este río, destruir las fuerzas francesas que en él se

encuentren, impedir que se reúnan en número demasiado grande y alejarlas cuanto sea posible del teatro de la guerra, S. M. el emperador de todas las Rusias dispondrá sin dilación los movimientos necesarios para que su ejército se dirija al Oder y llegue al Elba antes del 15 de abril; S. M. el rey de Prusia aumentará, entretanto, cuanto pueda sus contingentes en Prusia, Silesia y Pomerania, á fin de que puedan entrar en combate tan pronto como las tropas rusas lleguen al Oder.»

Es preciso fijarse con gran atención en las ideas que estas palabras reflejan: los que obraban dominados por ellas no podían saber cuán equivocadas eran, pues desconocían por completo los hechos que hubieran demostrado esta equivocación. Cuando Federico Guillermo y Hardenberg firmaron, en 8 de febrero, este proyecto, comenzaron por contar con un ejército ruso en campaña de 150,000 hombres que inmediatamente después de firmado el tratado había de dirigirse al Oder, donde se le agregarían 80,000 prusianos: contaban, en segundo lugar, con un czar que no había de poner reparo alguno en asegurar el restablecimiento de Prusia por medio de la restitución ó compensación de todos los territorios perdidos y en devolver por su parte la antigua porción prusiana del ducado de Varsovia para que el rey pudiera desde luego administrarla y sacar tropas de ella (3). Si era cierto lo que se creía saber acerca de las fuerzas de los rusos y si resultaban sinceras las protestas de amistad á Prusia que el emperador Alejandro había hecho de palabra y por escrito en términos tan expresivos y calurosos, no podía ofrecer dificultad alguna un tratado redactado sobre tales bases. Pero lanzarse á la lucha sin tener el tratado firmado y solo por dar satisfacción á la impaciencia popular, hubiera sido simplemente un crimen de Estado. Ya era sobrado atrevimiento renunciar á la inmediata cooperación del Austria: la fecunda cooperación de Rusia en la guerra y la garantía por esta potencia dada de la restauración de Prusia el día que se firmara la paz eran cosas que debían quedar aseguradas, por lo menos, en el tratado, antes de que se entrara abiertamente en la lucha, cuyos peligros no se imaginaban los que se figuraban que el ejército que Napoleón había perdido en Rusia era el último de que podía disponer. Si Prusia hubiese procedido con ciega precipitación, no hubiera hecho mas que favorecer los planes del príncipe Kutusoff, el cual deseaba ardientemente que su ejército permaneciera con el carácter de «reserva» detrás de las fronteras polacas, mientras los prusianos derramaran su sangre luchando con los franceses, que era lo que ya en otro tiempo se había pretendido conseguir con el soberbio tratado de 17 de octubre de 1811. La garantía política de Rusia relativa al restablecimiento de Prusia era indispensable, pues lo que no se obtuviera desde un principio de esta potencia no se había de poder lograr mas adelante de ninguna otra, amén de que de las garantías á que se comprometiera Rusia habían de depender todas aquellas á que debían obligarse posteriormente Inglaterra, Austria, Suecia, Baviera y, por último, la misma Francia.

El obstinarse en que se firmara formalmente un tratado político militar era tanto mas necesario cuanto mas claramente se veían los esfuerzos del emperador para envolver á Prusia en la guerra antes de que tal tratado se formalizara, es decir, sin que Rusia adquiriese graves compromisos de ninguna clase.

El rey comprendió estas intenciones cuando recibió en 17 de febrero una carta del emperador fechada el 15, en la que

(1) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 128.

(2) En *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 187, lo he publicado en el texto algo modificado de Knesbeck.

(3) Esto último venía recomendado en las instrucciones dadas á Knesbeck como asunto digno de su especial atención. *Austria y Prusia*, tomo I, págs. 185-186.